**María Magdalena**

****

22 de julio de 2022
2Cor 5, 14-17
Sal 62
Jn 20,1-2.11-18
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El resucitado[[1]](#footnote-1) se manifiesta gradualmente. Primero con signos de ausencia: sepulcro vacío, lienzos y sudario abandonados, mensajes por terceros (se va acercando). Así pasa también con nosotros, en nuestras experiencias de encuentro con Dios…Son llamadas del vacío para poder ser llenado. Después en figura y voz irreconocibles, como es el caso en el evangelio de hoy. A veces nos habla tan fuerte que no acertamos a reconocerlo…Después con su voz y figura de siempre, las huellas recientes de la pasión. Y es que es esencial identificar al Jesús vivo hoy con el anterior del ministerio, con el que padeció la muerte en cruz. También hay progreso en la fe. Primero cree el discípulo predilecto (ideal), después María Magdalena por vista y oído y tacto; después todo el grupo, a la postre el rezagado y terco de Tomás. Las manifestaciones van acompañadas de dones y encargos. El primero para María: ella es la mujer evangelista de la resurrección.

María de Magdala es una de las tres que estuvieron junto a la cruz. Ha esperado la noche del viernes y todo el sábado…; pero se levanta impaciente de madrugada, todavía encerrada en su mundo "oscuro" de la cruz al sepulcro. El hecho de que se mencione «*el primer día*» sugiere que ha comenzado un tiempo nuevo para el mundo. El verso no dice que no vio el cadáver de Jesús: solo al ver la roca movida, inmediatamente cae en la cuenta de que se han robado el cuerpo.

Entonces se convierte en la primera mensajera, primero, del sepulcro vacío. Luego será evangelista del Viviente. Después de ese primer impacto, y de haber ido a avisar a los discípulos, luego la encontramos allí, junto al sepulcro[[2]](#footnote-2), como también había estado al pie de la cruz. No se establece ninguna relación con la marcha de los discípulos. María está sola, ignorando por completo lo que ha pasado con el cuerpo de Jesús, y se pone a llorar. Se queda «fuera», como para subrayar su decepción ante una tumba, en la que no está ya aquel a quien busca. Absorta en su pena, no reacciona al ver a los ángeles vestidos de blanco que guardan el lugar en que había descansado el cuerpo de Jesús; esta presencia celestial no constituye para María signo alguno. Nada ni nadie que no sea su Amado le llama la atención. Les responde como si se tratase de personas ordinarias, que ignorasen el motivo de sus lágrimas. En realidad, la pregunta que le hacen los ángeles: «*Mujer, ¿por qué lloras?*», repetida luego por quien ella toma por el hortelano, es una crítica a su tristeza: significa que no había en realidad ningún motivo para llorar.

También nos pasa así a nosotros cuando el peso de la oscuridad y la noche de tanto en tanto nos visitan. Lo único que sentimos es la ausencia y la sequedad, y a veces son tan profundas que nos nublan el alma y creemos que no hay remedio para ese abismo de desesperanza, y miramos a nuestro interior exactamente como María, como a una tumba vacía.

En ambas ocasiones, María contesta refiriéndose al cuerpo que han «*quitado*», sin que ella sepa dónde ha sido «*llevado*», «*puesto*», y que ella querría ir a «*llevárselo*». Es verdad que, impulsada por el amor, dice: *«...me han quitado a mi Señor»*, pero a lo que realmente se refiere es a su cuerpo muerto. Para ella no es más que un cuerpo inerte. Su Maestro se ha quedado en el pasado: lo tiene como lo tenían los discípulos en aquella otra ocasión, dormido en la popa de la barca: una situación muy parecida a esta, en que la tormenta de la noche arreciaba.

Pero si nos fijamos bien, a través de las reacciones de la de Magdala, el relato intenta conducirnos progresivamente a la profundidad del acontecimiento pascual: esta primera parte prepara el contraste con el Glorificado, al que nadie puede agarrar con sus manos. Nosotros, al leer el evangelio, o escucharlo como hoy, percibimos lo que se le escapa a la mujer prisionera de su dolor. Nosotros somos advertidos de que es Jesús el que está delante de María cuando ella lo ve, pero lo toma por el hortelano. La peripecia del no-reconocimiento inmediato del Resucitado caracteriza a otros relatos pascuales: Jesús se aparece «*con aspecto diferente*», dirá Marcos (Mc 16, 12) y los discípulos no saben que es él. Este detalle no es un recurso literario para dramatizar el encuentro, sino que ***refleja lo otro*** que la fe reconoce en el Señor vencedor de la muerte; es decir: si los relatos subrayan la continuidad con Jesús de Nazaret, dejan, así mismo, vislumbrar que aquel que se hace presente ***es muy distinto de los hombres*** de este mundo: no es accesible, a pesar de estar muy cerca de ellos; ***y que para ser descubierto es preciso que se revele él mismo y que la adhesión a él será ante todo un acto de fe, que no dependerá de los sentidos: ni de la vista ni del tacto ni de ninguna otra percepción sensorial.*** Esta es la clave.

Jesús, que no es reconocido por los sentidos de María, le pregunta, como lo habían hecho los ángeles: *« ¿A quién buscas?».* La pregunta que se le hace a María es parecida a la que Jesús, al comienzo de su ministerio, había dirigido a los discípulos del Bautista que le habían seguido: *« ¿Qué buscan?»* (1, 38). Entonces ellos preguntaron: «*Maestro, ¿dónde vives?»;* María quiere saber dónde han puesto al que no encuentra en el sepulcro: en ambos casos, la pregunta se refiere a una localización en este mundo. Pero Jesús vive ahora con el Padre.

Jesús, que está con el Padre, está también ante la de Magdala y se va a manifestar a la que lo buscaba en vano entre los muertos. Al construir la secuencia del relato, el evangelista se acordó sin duda del pasaje del Cantar de los cantares que leemos en la Primera Lectura:

*«Busqué al amor de mi alma; ¡lo busqué y no lo encontré!*

*Me levanté, recorrí la ciudad, las calles y las plazas,*

*buscando al amor de mi alma; ¡lo busqué y no lo encontré!*

*Me encontraron los centinelas...:*

*« ¿Han visto al amor de mi alma?».*

*Pero apenas los había dejado, encontré al amor de mi alma.*

*Lo abracé…*»

María Magdalena es el icono, en la vida espiritual, del alma que busca en la noche con ansias de amor por encontrar a su Amado. El alma que busca sin cesar, buscando, como dice el Salmo «Su rostro», en todas las cosas, en todas partes, en todo en cuanto piensa, en todo cuanto habla y en todos a quien trata; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, y en ninguna de ellas se queda hasta que no lo encuentra y descansa en Él, porque toda su intención es encontrarse con Jesús[[3]](#footnote-3).

Esta experiencia de búsqueda en la noche magistralmente la describe Juan de la Cruz con este ejemplo:

« A este nivel de amor está el alma como un enfermo muy agotado que ha perdido el apetito y el gusto, por eso aborrece la comida y le molestan y fastidian todas las cosas. Sólo en su salud piensa y desea y le agobia y cansa todo lo que no sea tratar de su salud. En todo lo que hace esta alma, que está enferma de amor de Dios, está presente el gemido de su salud, que es su Amado, y aunque, esté ocupada a su pesar, en las mismas ocupaciones siempre tiene el corazón en el Amado. No encuentra gusto en nada. Todo le cansa y le resultan pesadas y enojosas las relaciones sociales.

Al tener en el paladar del alma el sabor del amor de Dios en cualquier asunto que se le presenta busca y quiere gozar allí a su Amado. Como María Magdalena que le buscaba en el huerto le dijo creyendo que era el jardinero: «Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, que yo lo recogeré». Con el ansia que tiene esta alma de encontrarle en todas las cosas, al no encontrarlo en nada, no sólo no le gustan, sino que la atormentan y a veces mucho; estas almas sufren mucho tratando con la gente y dedicándose a otros asuntos porque, en vez de ayudarla a amar, la estorban»[[4]](#footnote-4).

1. Cfr. Luis Alonso Schökel. *Biblia del Peregrino III. Nuevo Testamento*. Edición de Estudio. Nota a pie de página de Jn 20-21. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) [↑](#footnote-ref-1)
2. Xavier Leon-Dufour. *Lectura del Evangelio de Juan IV*. Ed. Sígueme. Salamanca 1998 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Juan de la Cruz, *La noche oscura del alma*, 2N 19, 2; 13, 6-7 [↑](#footnote-ref-3)
4. Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual, 10, 1-2* [↑](#footnote-ref-4)